

El analfabetismo bibliotecario

por Lluís Bagunyà, Mònica Baró, Teresa Mañà*

A pesar de que crece la conciencia del enorme valor que la información tiene en nuestra sociedad, ello no se traduce, en absoluto, en un mayor uso de las bibliotecas públicas por parte del ciudadano. Lo cierto es que, como postulan los firmantes del presente artículo, el analfabetismo respecto a las fuentes de información que las bibliotecas contienen es, desgraciadamente, mayoritario. En su reflexión, los autores apuntan hacia el aprendizaje escolar como forma más certera de corregir esta situación.

Ministro de Finanzas: Excelencia, aquí tiene el informe del Departamento del Tesoro. Espero que lo encuentre claro.

Rufus T. Firefly (Groucho Marx): ¡Naturalmente, un niño de cuatro años podría entenderlo! [al cabo de un rato] ¡Corra y tráigame inmediatamente un niño de cuatro años! No entiendo nada.

De la película *Sopa de Ganso*.

Las bibliotecas tienen en nuestro país la mala suerte de que muchos ciudadanos creen que podrían organizarlas si tuvieran el tiempo y la necesidad de hacerlo, con sólo un poco de dedicación. Es una cuestión de imagen. Creo que estarán de acuerdo con nosotros que muchas veces parece fácil lo que no se cono-

ce, que contrastaría con el «Sólo sé que no sé nada» del filósofo griego.

El caso es que no se dedica suficiente atención a las bibliotecas ni, en general, a la organización social de la información. Sigue sin entrar en la conciencia de los miembros de nuestra sociedad que la información es un elemento indispensable, tanto para nuestra vida cotidiana, como para las grandes decisiones macroeconómicas o la investigación, que a su vez genera nueva información.

Hablamos mucho del valor de la información, de que ésta es la sociedad de la información, y lo cierto es que cada vez se genera un mayor volumen, pero no nos damos cuenta de que *el valor potencial de la información sólo*

se concreta cuando la utilizamos. No es en vano que la UNESCO, en una de las publicaciones de su Plan General de Información, formula la recomendación de que, en cuanto los países hayan conseguido la alfabetización general de su población, es necesario que ésta adquiera la capacidad de encontrar la información que necesita en la fuente más adecuada.

Por eso, es tan importante la formación de usuarios no sólo en el ámbito de la educación formal, sino también en aquellas bibliotecas dirigidas a toda la población en general. La formación de usuarios es fundamental en un plan nacional de información, que debería no sólo familiarizar a los ciudadanos en el uso de centros de infor-



ANNA MIRALLES.

mación y bibliotecas, dando a conocer los nuevos servicios que se vayan ofreciendo, sino sobre todo estimular el hábito de la búsqueda de información y de su uso eficaz. La toma de decisiones a cualquier nivel es muchas veces inadecuada por la incompetencia o incapacidad de encontrar la información pertinente, desde la compra de un televisor a la investigación más compleja.

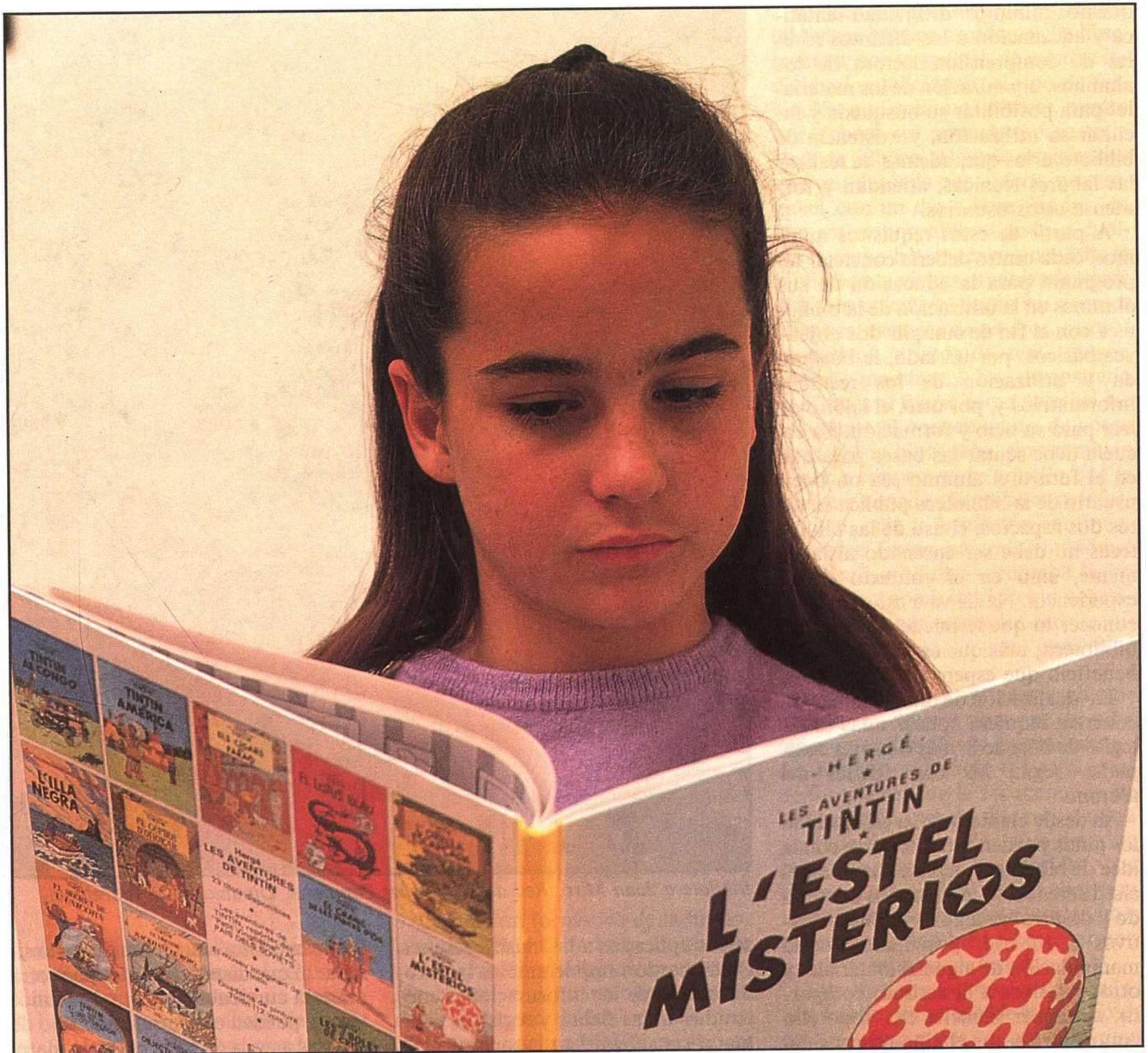
Lo cierto es que somos mayoritariamente analfabetos con respecto a las bibliotecas. Conocemos la existencia de las bibliotecas y el aspecto que tienen, pero no su uso. Ni de la biblioteca como tal, ni de las fuentes de información que contiene.

La formación del usuario en la biblioteca escolar

La utilización de las fuentes de información y de las bibliotecas debería ser inicialmente un tema de aprendizaje escolar. Como hemos dicho al empezar, no es tan fácil como aparenta, pero tampoco es tan complicado. Como la lectura o la aritmética, que son técnicas sencillas para quien ya las domina, pero arduas para quien las está aprendiendo.

Del mismo modo que el aprendizaje de la lectura se realiza en la escuela, y resulta evidente que es imprescindible para el conocimiento de cualquier campo del conocimiento, también la metodología de la búsqueda de información y de la utilización de las bibliotecas y otros centros de información deberían ser materias incorporadas a los currícula de los centros de enseñanza a todos los niveles, puesto que son instrumentos que posibilitan la formación de ciudadanos más competentes en cualquier terreno, como hoy lo es también la informática.

Igualmente, este aprendizaje será más efectivo si el alumno ve que está conectado con sus posibles o ya reales necesidades. La introducción de la biblioteca como instrumento de tra-



ANNA MIRALLES.

bajo y placer en la vida de las personas no se puede conseguir si es una asignatura o parte de una asignatura en un momento dado del aprendizaje. La búsqueda de información hay que enseñarla como un *proceso* que se debe experimentar y no como un *producto* que se debe aprender. Por

tanto, tiene que estar vinculado prácticamente a todos los procesos de aprendizaje en los diferentes terrenos, así como a la formación de una personalidad crítica y consciente.

La escuela tiene a su favor el hecho de trabajar con grupos homogéneos, con intereses similares y con un nivel

parecido. En ella se puede programar la formación del usuario a largo plazo y establecer secuencias de aprendizaje progresivas.

Pero un programa de formación del usuario a partir de la biblioteca de centro no puede desarrollarse correctamente sin que ésta cumpla unos re-

quisitos mínimos: diversidad temática y adecuación a los distintos niveles de comprensión lectora de los alumnos, organización de los materiales para posibilitar su búsqueda y facilitar su utilización, y existencia de bibliotecarios que, además de realizar las labores técnicas, atiendan y formen a estos usuarios.

A partir de estos requisitos mínimos, cada centro debería concretar un programa para la educación de sus alumnos en la utilización de la biblioteca con el fin de cumplir dos objetivos básicos: por un lado, la búsqueda y utilización de los recursos informativos y, por otro, el hábito de leer para su ocio y formación. La escuela debe sentar las bases para que en el futuro el alumno sea un buen usuario de la biblioteca pública en estos dos aspectos; el uso de las bibliotecas no debe ser enseñado aisladamente, sino en el contexto de la experiencia. Nadie va a esforzarse en conocer lo que le puede ofrecer una biblioteca, más que en la medida del beneficio que espere sacar de ello.

La localización de una información concreta requiere aplicar unas estrategias de búsqueda más o menos complejas según las capacidades del alumno.

Ya desde el inicio de su escolaridad los niños pueden familiarizarse con la idea de biblioteca, identificar su espacio diferenciado, conocer su contenido y desarrollar algunos hábitos relativos a su uso, principalmente la manipulación de algunos materiales y otros relativos a la actitud: compartir, mantener silencio, etc. Todo ello contribuirá a que el niño no considere la biblioteca como un espacio extraño, y le permitirá moverse en ella con seguridad.

Progresivamente, a partir de sus aptitudes y capacidades deberán introducirse conceptos y procedimientos de mayor complejidad, como los catálogos y su utilización. Se empezará a trabajar la ordenación alfabética y posteriormente los sistemas jerarqui-

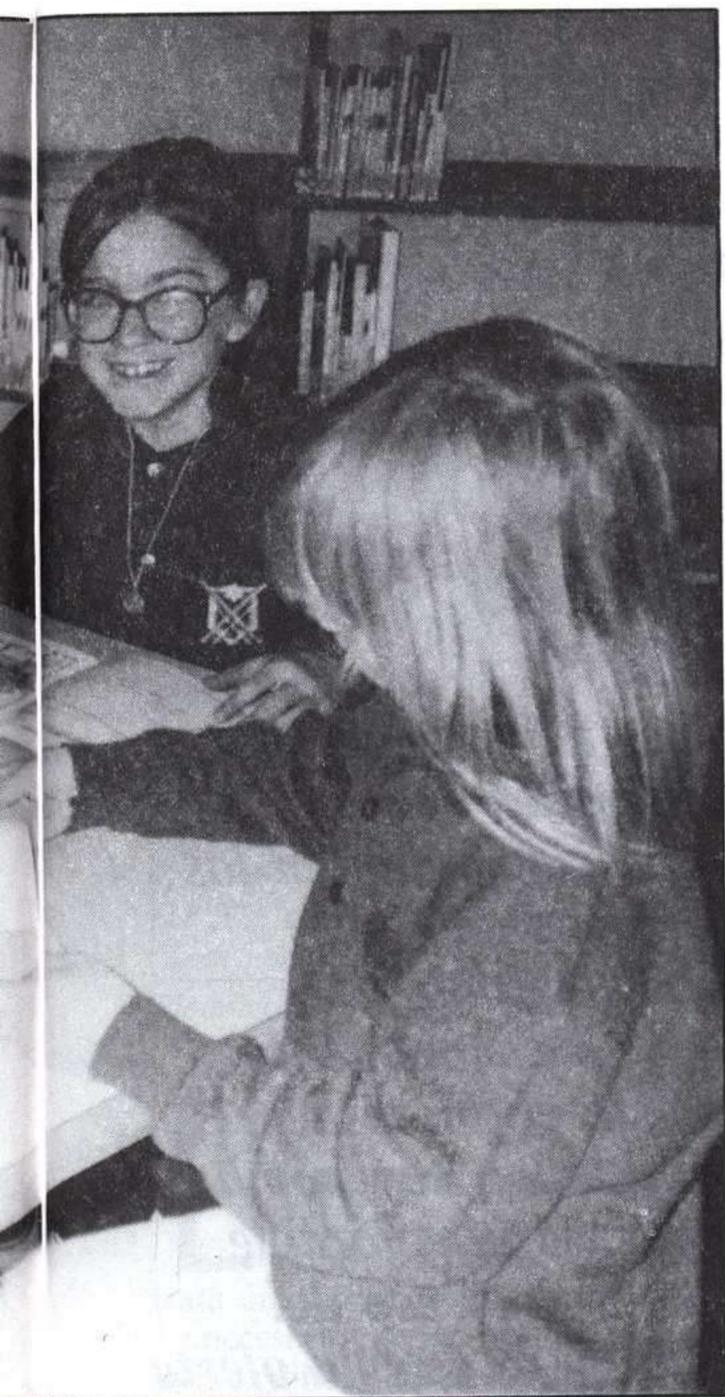


Biblioteca Joan Miró. Red de Bibliotecas Populares. Diputación de Barcelona.

zados aplicados a las clasificaciones. Otra cuestión importante es la decodificación de las informaciones contenidas en las fichas y registros catalográficos: identificar autores, títulos, tipologías documentales y signaturas topográficas. Con ello el alumno podrá llevar a cabo una primera selección de la información y sabrá cómo acceder a ella.

Sin embargo, obtener las fuentes informativas pertinentes no conlleva su correcta utilización. Hay que instruir a los alumnos en las técnicas del trabajo intelectual y ello debe hacerse

desde la biblioteca, con un horario similar al que dispondría cualquier otra materia curricular. Sólo en la biblioteca se pueden encontrar todo tipo de fuentes acerca de toda clase de materias para poder establecer comparaciones, determinar los distintos niveles informativos y ejercitarse en su utilización. Un artículo de revista no contiene la misma información, ni en extensión ni en profundidad, que un manual, pero en cambio su contenido responde a una demanda de actualidad. De igual manera, no es lo mismo buscar una información en una



enciclopedia ordenada alfabéticamente que en una temática; ni requerirá el mismo tipo de consulta un trabajo de literatura que un trabajo de sociales. Sólo la práctica continuada en la consulta de la información, la enseñanza como un *proceso*, garantizará el aprendizaje significativo de estos contenidos.

La formación del alumno usuario es tanto más necesaria en cuanto que resulta inminente la aplicación de la reforma de las enseñanzas que valora el método de aprendizaje por encima de los contenidos, sin menoscabo de

ellos. Si se «aprende» a utilizar la biblioteca igual que se «aprende» a leer o a sumar, se garantiza la posibilidad de formación continuada cuando el alumno deje de serlo para convertirse en ciudadano.

El lector en las bibliotecas públicas

Debería quedar claro, sin embargo, que debe distinguirse este aprendizaje en el uso de las bibliotecas, ligado a un aprendizaje general, de la introducción a su funcionamiento, que cada biblioteca debería proporcionar a los nuevos usuarios cuando su complejidad lo requiere. Algunas bibliotecas públicas, especialmente las dirigidas a un público infantil, procuran introducir al usuario, a título individual, en el uso de la biblioteca, pero no deja de ser una excepción en el conjunto. En el caso de las visitas programadas a través del centro de Enseñanza Primaria o Secundaria, éstas no son más que un remiendo para suplir unos contenidos básicos que deberían formar parte, como se ha dicho anteriormente, de los aprendizajes escolares, puesto que una visita de este tipo a la biblioteca no contempla la formación en las técnicas de trabajo intelectual, ni desde ella se pueden planificar unos contenidos porque no dispone de autonomía sobre su público.

La función formativa de la biblioteca pública está todavía en vías de configuración y debe contar previamente con el convencimiento acerca de la necesidad de este servicio. Las bibliotecas deben promocionar su propio uso y ello solamente será posible en tanto en cuanto respondan a las expectativas de información de los usuarios. Pero deben difundir, con publicidad si es preciso, su capacidad para ello: la imagen moderna de biblioteca, su accesibilidad, su necesidad, son aspectos inherentes y previos a cualquier acción formativa con el usuario.

El hecho de que los lectores de una biblioteca pública accedan a ella libremente y, por lo general, de manera individual condicionará el tipo de formación que podamos ofrecer, puesto que deberá ser adecuada para toda clase de público. Algunas experiencias que van desde la cita abierta pero regular, con un día y hora fijados, en que un responsable atiende a cualquier grupo heterogéneo que visite la biblioteca, a visitas organizadas para distintos colectivos según sus propios intereses: escuelas de adultos, centros recreativos, grupos de gente mayor, padres y maestros..., han demostrado su eficacia al fijarse como objetivo, no solamente el conocimiento de cómo funciona la biblioteca, sino también el dar a conocer todo aquello que la biblioteca puede ofrecer para su información, ocio y formación continuada, con el fin de que todo ciudadano —infantil o adulto— conciba la biblioteca como un servicio tan necesario y útil como cualquier otro (sanitario, educativo) a los que tiene derecho.

En un futuro, la automatización de nuestras bibliotecas tiene que ser, además, un factor aliado en esta empresa. Enseñar el uso de los catálogos, de los índices, de la recuperación de información remota a través de una pantalla de ordenador, que tiene un poder de mantener la atención, va a ser mucho más fácil, tanto en grupo como individualmente: el ordenador tiene que ser también en este terreno una herramienta didáctica.

Nuestra sociedad necesita ciudadanos hábiles en el uso de las bibliotecas. Sabemos leer, aunque leamos poco. Todavía nos queda mucho trecho por recorrer para poder decir que todos sabemos utilizar nuestras bibliotecas. ■

* Lluís Bagunyà y Mònica Baró son profesores de la Escuela Universitaria de Biblioteconomía y Documentación «Jordi Rubió i Balaguer» de Barcelona. Teresa Mañà es bibliotecaria-documentalista de la Biblioteca Infantil Santa Creu (Barcelona).